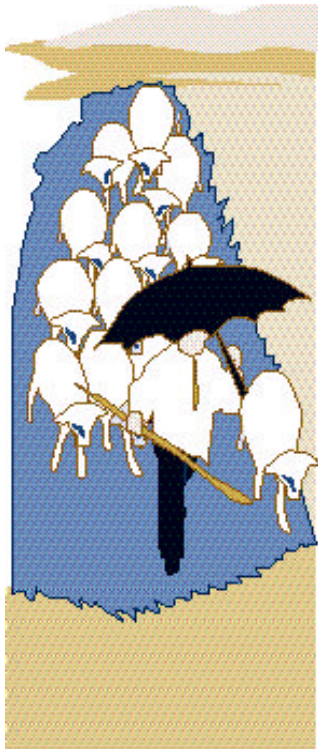


**Gen 1,26—2,3    Mt 13,54-58**

Un día fue Jesús a su pueblo y enseñó a la gente en su sinagoga. Todos quedaban maravillados y se preguntaban: “¿De dónde le viene esa sabiduría? ¿Y de dónde esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¡Pero si su madre es María, y sus hermanos son Santiago, y José, y Simón, y Judas! Sus hermanas también están todas entre nosotros, ¿no es cierto? ¿De dónde, entonces, le viene todo eso?” Ellos se escandalizaban y no lo reconocían. Entonces Jesús les dijo: “Si hay un lugar donde un profeta es despreciado, es en su patria y en su propia familia.” Y como no creían en él, no hizo allí muchos milagros.

Cuando esta fiesta se instituyó, el movimiento obrero estaba en su momento álgido. Ahora los sindicatos pasan por un momento difícil. Pero el mundo del trabajo sigue estando lleno de problemas. Muchas personas se ven obligadas a emigrar, otros no encuentran trabajo o, si lo encuentran, es precario o bajo condiciones injustas. Todo ello nos habla de una situación de injusticia que tiene muy poco que ver con la fraternidad del reino que Jesús nos vino a traer. La comunidad cristiana tiene todavía mucho que hacer para que en el mundo del trabajo se reflejen los valores evangélicos.

Algunos han querido interpretar esta alegoría que Jesús usa de un modo que no me parece adecuado. Más que hablar de las ovejas hablan del “rebaño”, de cómo el pastor lleva al rebaño a dónde quiere y hace de él lo que quiere. Han sacado consecuencias para la Iglesia. No era difícil cuando de los obispos y sacerdotes se dice que son “pastores”. Para ellos, el Pueblo de Dios es como un rebaño que necesita dirección porque no sabe dónde ir. Es mejor subrayar otro aspecto de esa alegoría: la relación personal de conocimiento entre el pastor y cada una de las ovejas. Jesús es el único pastor. Nos conoce a cada uno y nos da la vida eterna.



**Hch 13,14.43-52**

En aquellos días Pablo y Bernabé dejando Perge llegaban a Antioquía de Pisidia. El sábado entraron en la sinagoga y se sentaron. Y cuando se dispersó la asistencia, muchos judíos y de los que temen a Dios los siguieron. Pablo y Bernabé continuaron conversando con ellos, y los exhortaban a perseverar en la gracia de Dios.

El sábado siguiente casi toda la ciudad acudió para escuchar a Pablo, que les habló largamente del Señor. Los judíos se llenaron de envidia al ver todo aquel gentío y empezaron a contradecir con insultos lo que Pablo decía. Entonces Pablo y Bernabé les hablaron con coraje: "Era necesario que la Palabra de Dios fuera anunciada a ustedes en primer lugar. Pues bien, si ustedes la rechazan y se condenan a sí mismos a no recibir la vida eterna, sepan que ahora nos dirigimos a los que no son judíos. El mismo Señor nos dio la orden: «Te he puesto como luz de los paganos, y llevarás mi salvación hasta los extremos del mundo.»"

Los que no eran judíos se alegraban al oír estas palabras y tomaban en consideración el mensaje del Señor. Y creyeron todos los que estaban destinados para una vida eterna. Con esto la Palabra de Dios empezó a difundirse por toda la región.

Pero los judíos incitaron a mujeres distinguidas de entre las que temían a Dios y también a los hombres importantes de la ciudad y promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé hasta que los echaron de su territorio. Así que los apóstoles se fueron a la ciudad de Iconio, pero al salir sacudieron el polvo de sus pies en protesta contra ellos. Dejaban a los discípulos llenos de gozo y Espíritu Santo.

En aquel tiempo, dijo Jesús: "Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen; yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrancará de mi mano. Mi Padre que me las ha dado es más que todos y nadie puede arrancar nada de las manos de mi Padre. El Padre y yo somos uno."

**Ap 7,9.14-17  
Jn 10,27-30**

Santos Felipe y Santiago, apóstoles

**1Cor 15,1-8 Jn 14,6-14**

Los apóstoles son el fundamento de la Iglesia. Ellos tuvieron una experiencia privilegiada de Jesús. De su testimonio bebe perpetuamente la Iglesia entera. Pero eso no significa que fuera fácil para ellos vivir al lado de Jesús. La enorme, sorprendente y total novedad de Jesús era difícil de asimilar. El aprendizaje fue lento. No se trataba de estudiar una serie de lecciones o aprenderse unos temas. Era un camino de vida el que había que hacer. Con dificultades, con vacilaciones, pero lo siguieron hasta el final. Luego, más tarde, dieron testimonio no de lo buenos que ellos habían sido sino del poder de Dios manifestado en Jesús.

En aquel tiempo, Jesús dijo a Tomás: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, también conocerán al Padre. Pero yo lo conocen y lo han visto."

Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta." Jesús le respondió: "Hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ve a mí ve al Padre. ¿Cómo es que dices: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Cuando les enseño, esto no viene de mí, sino que el Padre, que permanece en mí, hace sus propias obras."

Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Créanme en esto; o si no, créanlo por las obras mismas. En verdad les digo: El que crea en mí hará las mismas obras que yo hago y, como ahora voy al Padre, las hará aún mayores. Todo lo que pidan en mi Nombre lo haré, de manera que el Padre sea glorificado en su Hijo. Y también haré lo que me pidan invocando mi Nombre."

**Hch 11,19-26 Jn 10,22-30**

Era invierno y en Jerusalén se celebraba la fiesta de la Dedicación del Templo. Jesús se paseaba en el Templo, por el pórtico de Salomón, cuando los judíos lo rodearon y le dijeron: "¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente."

Jesús les respondió: "Ya se lo he dicho, pero ustedes no creen. Las obras que hago en el nombre de mi Padre manifiestan quién soy yo, pero ustedes no creen porque no son ovejas mías."

Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco. Ellas me siguen, y yo les doy vida eterna. Nunca perecerán y nadie las arrebatará jamás de mi mano. Aquello que el Padre me ha dado es más fuerte que todo, y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa."

La buena voluntad es la base necesaria para que haya comunicación. Entre los judíos y Jesús parece que no hay ninguna buena voluntad. Jesús se esfuerza, repite las cosas una y otra vez. Pero los judíos parece que o no se enteran o que no se quieren enterar. Para nosotros es un aviso serio. Una de las cosas más importantes que tenemos que hacer es aprender a escuchar.

Incluso a los que sospechamos que no tienen nada que decir. No sólo hay que abrir los oídos y aplicar la racionalidad a lo que escuchamos. Hay que aprender a abrir el corazón para que, además de las ideas, lleguen a nuestro corazón los sentimientos del que nos habla.

Hch 12,24—13,5 Jn 12,44-50

Jesús ha venido al mundo como luz. El que cree en él no quedará en tinieblas. El que lo rechaza, simplemente se queda en sus tinieblas. La oposición luz-tinieblas es fácilmente comprensible. Desde ella se entiende bien el hecho de que Dios no nos juzga ni nos condena. Somos nosotros los que elegimos quedarnos en la oscuridad, los que a veces nos asustamos frente a la luz, los que preferimos quedarnos en la cueva. Por aquello de que es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. Pero la oferta de Jesús está siempre ahí, esperando por nosotros, ofreciéndonos la luz. Con toda la paciencia del mundo. Porque esa es la voluntad del Padre.

En aquel tiempo Jesús dijo claramente: "El que cree en mí no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado. Y el que me ve a mí ve a aquel que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no permanezca en tinieblas.

Si alguno escucha mis palabras y no las guarda, yo no lo juzgo, porque yo no he venido para condenar al mundo, sino para salvarlo. El que me rechaza y no recibe mi palabra ya tiene quien lo juzgue: la misma palabra que yo he hablado lo condenará el último día.

Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino que el Padre, al enviarme, me ha mandado lo que debo decir y cómo lo debo decir. Yo sé que su mandato es vida eterna, y yo entrego mi mensaje tal como me lo mandó el Padre."

Hch 13,13-25 Jn 13,16-20

Cuando Jesús acabó de lavar los pies a sus discípulos, les dijo: "El servidor no es más que su patrón y el enviado no es más que el que lo envía. Pues bien, ustedes ya saben estas cosas: felices si las ponen en práctica. No me refiero a todos ustedes, pues conozco a los que he escogido, y tiene que cumplirse lo que dice la Escritura: El que compartía mi pan se ha levantado contra mí. Se lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean que Yo Soy. En verdad les digo: el que reciba al que yo envíe, a mí me recibe, y el que me reciba a mí, recibe al que me ha enviado."

Antiguamente pensábamos que los misioneros eran unos pocos que dejaban sus países para irse a los lugares de misión a anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II nos ha hecho cambiar de idea. Todos los cristianos están llamados a vivir y anunciar el Evangelio allí donde estemos.

Algunos, unos pocos, serán llamados a ir a otros países, a fundar comunidades cristianas allá donde nadie conoce a Cristo. Pero los más nos quedaremos en nuestros pueblos y ciudades y ahí tendremos que dar testimonio y ser misioneros. Para que los que viven a nuestro alrededor conozcan a Jesús; para compartir el gozo de la fe con ellos.

Hch 13,26-33 Jn 14,1-6

¡Qué fácil es circular por autopistas asfaltadas, señalizadas y mantenidas cuando, además, las direcciones están adecuadamente indicadas! Por allí es difícil perderse. Pero el camino de la vida no es así. Es un poco más complicado. No hay muchas señales. A veces la calzada está llena de baches, desniveles y verdaderos "pozos" en los que, cuando hay tormenta, uno puede sumergirse... La vida en realidad se parece mucho más a una película de aventuras que a un viaje por una buena autopista. Lo que Jesús nos ofrece es vivir la aventura de la libertad con todas las consecuencias. No hay más que hacer que seguirlo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No se turben; crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. De no ser así, no les habría dicho que voy a prepararles un lugar. Y después de ir y prepararles un lugar, volveré para tomarlos conmigo, para que, donde yo esté, estén también ustedes. Para ir a donde yo voy, ustedes ya conocen el camino." Entonces Tomás le dijo: "Señor, nosotros no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a conocer el camino?" Jesús contestó: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí."

Hch 13,44-52 Jn 14,7-14

Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús le dijo: "Mujer, aquí tienes a tu hijo." Luego dijo al discípulo: "Aquí tienes a tu madre." Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Jesús nos revela que su Madre, aquella mujer valiente y sencilla de Nazareth, es también Madre nuestra, y nos invita a recibirla en casa. ¿Qué significa esto? Que podemos refugiarnos en su seno de Madre (allí no hay culpas ni diferencias pero, ¡atención! hay lugar *para todos*, es decir: tenemos hermanos, esos, los demás hombres), que podemos aprender a vivir el amor de Dios como ella nos enseñó, con su presencia silenciosa y plena de fe, de pie en el dolor, en oración siempre y atenta a las necesidades de los demás.

En el evangelio de Juan el momento de la glorificación es el de la cruz. Ese es también el momento en el que Jesús nos comunica un mandamiento nuevo, el mandamiento por el que todos sabrán que somos sus discípulos: que nos amemos unos a otros como él nos ha amado. Es decir, hasta dar la vida por nosotros. El único problema es que es difícil entender que uno pueda amar por obligación. El amor no se puede convertir en un mandamiento. El amor es algo que brota de un corazón grande y apasionado que siente a los demás como parte de sí mismo. Nos hace falta estar muy cerca de Jesús mucho tiempo para aprender a amar como él ama.



Hch 14,21-27

En aquellos días, Pablo y Bernabé regresaron de nuevo a Listra y de allí fueron a Iconio y Antioquía. Asu paso animaban a los discípulos y los invitaban a perseverar en la fe; les decían: "Es necesario que pasemos por muchas pruebas para entrar en el Reino de Dios." En cada Iglesia designaban ancianos y, después de orar y ayunar, los encomendaban al Señor en quien habían creído.

Atravesaron la provincia de Pisidia y llegaron a la de Panfilia. Predicaron la Palabra en Perge y bajaron después a Atalía. Allí se embarcaron para volver a Antioquía, de donde habían partido encomendados a la gracia de Dios para la obra que acababan de realizar. Asu llegada reunieron a la Iglesia y les contaron todo lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto las puertas de la fe a los pueblos paganos. Permanecieron allí bastante tiempo con los discípulos.

Yo, Juan, vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar no existe ya. Y vi a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia que se adorna para recibir a su esposo. Yoí una voz que clamaba desde el trono: "Esta es la morada de Dios con los hombres; él habitará en medio de ellos; ellos serán su pueblo y él será Dios-con-ellos; él enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte ni lamento, ni llanto ni pena, pues todo lo anterior ha pasado." Yel que estaba sentado en el trono dijo: "Ahora todo lo hago nuevo".

Ap 21,1-5

Jn 13,31-35

Cuando Judas salió del cenáculo, Jesús dijo: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él. Por lo tanto, Dios lo va a introducir en su propia Gloria, y lo glorificará muy pronto. Hijos míos, yo estaré con ustedes por muy poco tiempo. Me buscarán, y como ya dije a los judíos, ahora se lo digo a ustedes: donde yo voy, ustedes no pueden venir. Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros."

Amor y normas, normas y amor. Son dos palabras que están juntas en las palabras de Jesús. Posiblemente tienen un significado muy similar.

Recordemos que en el evangelio de Juan el gran mandamiento, el único, es el del amor.

Guardar los mandamientos es amar y el que ama guarda los mandamientos. No es mucho más complicada nuestra fe. Lo que sucede es que a veces nos resulta complicado saber lo que significa en un momento concreto "amar". Pasamos por muy diferentes situaciones, diferentes épocas, y tenemos que preguntarnos siempre lo que significa amar en la vida concreta que nos ha tocado vivir, con nuestra familia, nuestros amigos, nuestro país...

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "El que guarda mis mandamientos después de recibirlos, ése es el que me ama. El que me ama a mí será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él."

Judas, no el Iscariote, le preguntó: "Señor, ¿por qué hablas de mostrarte a nosotros y no al mundo?" Jesús le respondió: "Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amaré. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras; pero el mensaje que escuchan no es mío, sino del Padre que me ha enviado."

Les he dicho todo esto mientras estaba con ustedes. En adelante el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho."

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Les dejo la paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya en ustedes angustia ni miedo. Saben que les dije: Me voy, pero volveré a ustedes. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, pues el Padre es más grande que yo."

Les he dicho estas cosas ahora, antes de que sucedan, para que cuando sucedan ustedes crean. Ya no hablaré mucho más con ustedes, pues se está acercando el gobernador de este mundo. En mí no encontrará nada suyo, pero con esto sabrá el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha encomendado hacer. Ahora levántense y vayámonos de aquí."

Jesús se va pero nos deja la paz. ¿De qué paz se trata? Algo me dice que no es exactamente la paz que firman las naciones. Esa suele ser apenas la mera ausencia de guerra. La paz que nos deja Jesús es algo más profundo. Llega a las raíces. Llega al corazón. Corta la violencia de raíz. Jesús nos regala la paz como una semilla que debemos cuidar, mantenerla en las mejores condiciones para que crezca y termine por dar sus frutos de paz para toda la sociedad. Es una paz por tanto basada en la justicia y en el amor (recordemos el mandamiento nuevo que Jesús nos ofrecía en los evangelios de los días pasados).

La imagen de la vid ya se encuentra abundantemente en el Antiguo Testamento. Se refiere al pueblo de Israel como la viña de Dios. Es la viña que Dios cuida con mimo, con ternura. Lo que hace Jesús ahora es añadir un nuevo elemento a aquella comparación. Él es la vid. Para dar fruto, para vivir, hay que estar unido a él. Nosotros, el nuevo Pueblo de Dios, somos los sarmientos. Como tales debemos ser podados, abonados, regados. El viñador, el dueño de la viña, Dios Padre, se encarga de todo eso. Lo que nosotros tenemos que hacer es mantenernos unidos a la vid, a Jesús. Así daremos, como dice el Vaticano II, frutos en el amor para la vida del mundo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Toda rama que no da fruto en mí la corta. Y toda rama que da fruto la limpia para que dé más fruto.

Ustedes ya están limpios gracias a la palabra que les he anunciado, pero permanezcan en mí como yo permanezco en ustedes. Una rama no puede producir fruto por sí misma si no permanece unida a la vid; tampoco ustedes pueden producir fruto si no permanecen en mí. Yo soy la vid y ustedes las ramas. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, pero sin mí no pueden hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran y se seca; como a las ramas, que las amontonan, se echan al fuego y se queman.

Mientras ustedes permanezcan en mí y mis palabras permanezcan en ustedes, pidan lo que quieran y lo conseguirán. Mi Padre es glorificado cuando ustedes producen abundantes frutos: entonces pasan a ser discípulos míos."

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Como el Padre me amó, así también los he amado yo: permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho todas estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea completa."

El discurso sobre la vid y los sarmientos continúa. Ahora Jesús nos explica qué significa en concreto el permanecer unidos a él. Dice que hay que "permanecer en su amor", para eso hay que "guardar sus mandamientos". De esa manera su alegría estará en nosotros y además llegará a su plenitud. Son tres palabras clave que nos deberían hacer pensar: mandamientos, amor y alegría. Más si tenemos en cuenta el mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Jesús nos quiere decir que el mandamiento se centra en amar, amar a Dios y amar a todo lo creado. Y que sólo por ese camino encontraremos la plenitud de la alegría y de la vida.

Los apóstoles eran amigos del Señor. Toda una categoría. No es cualquier cosa eso de ser amigo de Jesús. Supone, como en cualquier amistad, haber llegado a un conocimiento profundo y a una empatía grande. Porque en la amistad las ideas se comparten pero, más allá de las ideas, hay una comunión profunda de los corazones. Jesús está abierto a esa amistad. Nos toca a nosotros abrir los corazones, compartir todo lo que tenemos con él y lanzarnos a los caminos con su mensaje de amor en el corazón y en la boca. Para que todos se enteren de que Jesús sólo nos impone un mandamiento: que nos amemos los unos a los otros.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos, y son ustedes mis amigos si cumplen lo que les mando. Ya no los llamo servidores, porque un servidor no sabe lo que hace su patrón. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que aprendí de mi Padre.

Ustedes no me eligieron a mí; he sido yo quien los eligió a ustedes y los preparé para que vayan y den fruto, y ese fruto permanezca. Así es como el Padre les concederá todo lo que le pidan en mi Nombre. Ámense los unos a los otros: esto es lo que les mando."

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si el mundo los odia, sepan que antes me odió a mí. No sería lo mismo si ustedes fueran del mundo, pues el mundo ama lo que es suyo. Pero ustedes no son del mundo, sino que yo los elegí de en medio del mundo, y por eso el mundo los odia. Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más que su patrón. Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes. ¿Acaso acogieron mi enseñanza? ¿Cómo, pues, acogerían la de ustedes? Les harán todo esto por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió."

En el evangelio de Juan el mundo representa todo lo malo de nuestra historia humana. Por eso, siempre encontramos oposición entre el mundo y Jesús y sus discípulos. Las oposiciones de este tipo nunca son del todo verdaderas. En las personas y en la sociedad lo malo suele estar mezclado con lo bueno. La realidad no es blanca ni negra sino gris. Pero la oposición entre el mundo y Jesús nos ayuda a entender la persecución que ha sufrido, sufre y sufrirá el Evangelio. Es una persecución que acaece en la sociedad pero también dentro de nosotros mismos. Porque hay que romper con lo viejo para recibir la novedad de Jesús.

Jesús mezcla palabras muy diversas en su discurso a los discípulos: amor, mandamientos, paz, alegría. Pero la raíz común, el tronco donde todas esas palabrases insertan es el amor. “El que me ama guardará mi palabra (mandamiento)”, “si me amaran, se alegrarían”. “Les doy la paz” pero no es como la del mundo. Jesús está hablando desde una perspectiva tan nueva que a los discípulos les resulta difícil seguirlo. Anosotros nos pasa lo mismo. Por eso necesitamos la venida del Espíritu Santo. Él nos hará comprender la fuerza de ese amor tan profundo que causa la paz y la alegría verdaderas y que supera a todos los mandamientos.



El ángel me trasladó en éxtasis a una montaña grande y elevada y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de Dios, resplandeciente con la gloria de Dios. Brillaba como piedra preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta, con doce puertas y doce ángeles en las puertas, y grabados los nombres de las doce tribus de Israel. A oriente tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas, a occidente tres puertas. La muralla de la ciudad tiene doce piedras de cimiento, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero. No vi en ella templo alguno, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. La ciudad no necesita que la ilumine el sol ni la luna, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero.

Hch 15.1-2.22-29  
Ap 21.10-14.22-23

Jn 14.23-29

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras; pero el mensaje que escuchan no es mío, sino del Padre que me ha enviado.

Les he dicho todo esto mientras estaba con ustedes. En adelante el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho.

Les dejo la paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya en ustedes angustia ni miedo. Saben que les dije: Me voy, pero volveré a ustedes. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, pues el Padre es más grande que yo.

Les he dicho estas cosas ahora, antes de que sucedan, para que cuando sucedan ustedes crean."

Hch 16,11-15 Jn 15,26—16,4

Jesús habla a los discípulos del futuro. No lo ve fácil. Habrá persecuciones y dificultades para los que intenten seguirlo. Es la paradoja más grande. Los que se dediquen a anunciar la buena nueva del Reino y el mandamiento del amor serán perseguidos con saña. Pero también les dice que les enviará un Consolador, el Espíritu que les dará fuerzas para mantenerse en la dificultad, que les conservará y acrecentará la paz y la alegría en todo momento. Lo dicho a los discípulos también vale para nosotros. Para que, cuando llegue el momento de la dificultad, cuando sintamos que nos cuesta vivir como cristianos, nos acordemos de la palabra de Jesús.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Protector que les enviaré desde el Padre, por ser él el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí. Y ustedes también darán testimonio de mí, pues han estado conmigo desde el principio. Se lo advierto de antemano, para que cuando llegue la hora, recuerden que se lo había dicho. No les habló de esto al principio porque estaba con ustedes.”

Hch 16,22-34 Jn 16,5-11

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Me voy con Aquel que me envió, y ninguno de ustedes me pregunta adónde voy. Se han llenado de tristeza al oír lo que les dije, pero es verdad lo que les digo: les conviene que yo me vaya, porque mientras yo no me vaya, el Protector no vendrá a ustedes. Yo me voy, y es para enviárselo.

Cuando venga él, rebatirá al mundo en lo que toca al pecado, al camino de justicia y al juicio. ¿Qué pecado? Que no creyeron en mí. ¿Qué camino de justicia? Mi partida hacia el Padre, y ustedes ya no me verán. ¿Qué juicio? El del gobernador de este mundo: ya ha sido condenado.”

La tristeza se apodera del corazón de los amigos de Jesús cuando éste les anuncia que tiene que partir. Intuían que la partida significaba la muerte de Jesús y que ésta no iba a estar exenta de violencia. Y así fue. Pero Jesús insiste. “Les conviene que yo me vaya”. A veces es necesaria una cierta distancia para que los sentimientos maduren, para que las amistades se afiancen, para que las personas tomen sus propias decisiones sin verse afectadas por la influencia de los otros. Jesús lo sabía y por eso quería crear esa distancia, para facilitar a los discípulos el crecer y madurar. Porque respeta nuestra libertad y nos quiere maduros y libres.

Pentecostés ya está cerca y los evangelios de estos días nos hablan del Espíritu Santo. Hoy se dice de él que es el Espíritu de la Verdad. Él será el que explique a los discípulos muchas cosas que en aquel momento todavía no estaban dispuestos a entender. Nosotros también estamos esperando ese Espíritu que poco a poco nos vaya haciendo entender los misterios de la vida, del sufrimiento, del dolor, del gozo del amor, de la esperanza, de un Dios que nos ama tanto que nos envió a su Hijo para salvarnos. Pero todo eso no lo podemos entender de golpe. Tiene que ser poco a poco. El Espíritu nos lo enseñará.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Aún tengo muchas cosas que decirles, pero es demasiado para ustedes por ahora. Y cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, los guiará en todos los caminos de la verdad. Él no viene con un mensaje propio, sino que hablará de todo lo que escuchó y les anunciará lo que ha de venir. Él tomará de lo mío para revelárselo a ustedes, y yo seré glorificado por él. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso les he dicho que tomará de lo mío para revelárselo a ustedes.”

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Dentro de poco ya no me verán, pero después de otro poco me volverán a ver.”

Algunos discípulos se preguntaban: “¿Qué querrá decir con eso: “Dentro de poco ya no me verán y después de otro poco me volverán a ver”? ¿Y qué significa: «Me voy al Padre»? Y se preguntaban: “¿A qué se refiere ese “dentro de poco”? No entendemos lo que quiere decir.”

Jesús se dio cuenta de que querían preguntarle y les dijo: “Ustedes andan discutiendo sobre lo que les dije: “Dentro de poco tiempo no me verán y después de otro poco me volverán a ver”. En verdad les digo que llorarán y se lamentarán, mientras que el mundo se alegrará. Ustedes estarán apenados, pero su tristeza se convertirá en gozo.”

El gran misterio de la vida es el misterio del dolor y el hecho de que, por alguna inextricable razón el crecimiento, el alcance de la madurez o de un superior estado de vida o de conciencia se produce siempre a través del dolor y del sufrimiento. No hay forma de vida que escape a esta ley universal. Hasta Jesús, para llegar a la resurrección, se ve obligado a pasar por la dolorosísima experiencia de la muerte. El nacimiento de cualquier niño está signado por el dolor y las lágrimas marcan la primera vez que los pulmones se abren y la criatura comienza a respirar. Pero esa tristeza y ese dolor están preñados de vida y esperanza. Vale la pena aguantar.

Hch 18,9-18 Jn 16,20-23

Hay demasiadas tristezas en nuestra tierra. La mayoría de nosotros sentimos que las alegrías son demasiado cortas. A Jesús le diríamos que es verdad, que tiene razón, que a la tristeza le sucede la alegría, como la calma a la tormenta. Pero que a veces tenemos la impresión de que en nuestro mar hay muchísimos más días de tormenta que de calma. Hoy le pedimos a Jesús que mire lo que nos pasa, que hay demasiado dolor en nuestro mundo y que no terminamos de sentir la alegría de que nos habló. Le pedimos que cure las lágrimas de tantos y tantas que lloran en nuestro mundo, que cure nuestras lágrimas y que nos mantenga la esperanza de la alegría.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "En verdad les digo que llorarán y se lamentarán, mientras que el mundo se alegrará. Ustedes estarán apenados, pero su tristeza se convertirá en gozo.

La mujer se siente afligida cuando está para dar a luz, porque le llega la hora del dolor. Pero después que ha nacido la criatura, se olvida de las angustias por su alegría tan grande; piensen: ¡un ser humano ha venido al mundo! Así también ustedes ahora sienten tristeza, pero yo los volveré a ver y su corazón se llenará de alegría, y nadie les podrá arrebatarse ese gozo. Cuando llegue ese día ya no tendrán que preguntarme nada.

En verdad les digo que todo lo que pidan al Padre en mi Nombre se lo concederá."

Hch 18,23-28 Jn 16,23-28

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando llegue ese día ya no tendrán que preguntarme nada.

En verdad les digo que todo lo que pidan al Padre en mi Nombre se lo concederá. Hasta ahora no han pedido nada en mi Nombre. Pidan y recibirán, así conocerán el gozo completo.

Hasta ahora los he instruido por medio de comparaciones. Pero está llegando la hora en que ya no los instruiré con comparaciones, sino que les hablaré claramente del Padre. Ese día ustedes pedirán en mi Nombre, y no será necesario que yo los recomiende ante el Padre, pues el Padre mismo los ama, porque ustedes me aman a mí y creen que salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre."

La oración de petición no está muy de moda, pero al final es quizá la que más practicamos. El hecho es que nos sentimos impotentes. Hay demasiadas cosas con las que parece que no podemos, que son más fuertes que nosotros. La enfermedad y la muerte pertenecen a ese género de cosas. Sobre todo las muertes prematuras, las enfermedades dolorosas. Son como una situación de injusticia ante la que no podemos hacer absolutamente nada. Y cuando la medicina avanza, parece que también las enfermedades avanzan más rápido. Al final no tenemos más remedio que acudir al que todo lo puede y poner en Él nuestra confianza.

La Ascensión es una repetición de la alegría de la Resurrección. Pero añade un matiz más. Es importante. Jesús nos deja solos. Es el momento de la partida. Termina ese periodo de tiempo privilegiado en el que los discípulos tuvieron la experiencia vivísima de que Jesús estaba vivo. Apartir de ahora, la Iglesia, la comunidad, es nuestra responsabilidad. El Evangelio está en nuestras manos. La buena nueva debe llegar a todos los hombres. Y nosotros somos sus mensajeros. Con la Ascensión, Jesús nos da la oportunidad de crecer y madurar, de asumir nuestras responsabilidades y hacer del Reino una realidad en nuestro mundo.



En mi primer libro, querido Teófilo, hablé de todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar. Al final del libro, Jesús, lleno del Espíritu Santo, daba instrucciones a los apóstoles que había elegido y era llevado al cielo.

De hecho, se presentó a ellos después de su pasión y les dio numerosas pruebas de que vivía. Durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios. En una ocasión en que estaba reunido con ellos les dijo que no se alejaran de Jerusalén y que esperaran lo que el Padre había prometido. "Ya les hablé al respecto, les dijo: Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días." Los que estaban presentes le preguntaron: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino para Israel?" Les respondió: "No les corresponde a ustedes conocer los tiempos y las etapas que solamente el Padre tenía autoridad para decidir. Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra."

Dicho esto, Jesús fue arrebatado ante sus ojos y una nube lo ocultó de su vista. Ellos seguían mirando fijamente al cielo mientras se alejaba. Pero de repente vieron a su lado a dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: "Amigos galileos, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado volverá de la misma manera que ustedes lo han visto ir al cielo."

**Heb 9,24-28; 10,19-23** En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Todo esto estaba escrito: los padecimientos del Mesías y su resurrección de entre los muertos al tercer día. Luego debe proclamarse en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén, y yendo después a todas las naciones, invitándolas a que se conviertan. Ustedes son testigos de todo esto. Ahora yo voy a enviar sobre ustedes lo que mi Padre prometió. Permanezcan, pues, en la ciudad hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de arriba." Jesús los llevó hasta cerca de Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos se postraron ante él. Después volvieron llenos de gozo a Jerusalén, y continuamente estaban en el Templo alabando a Dios.

**Hch 19,1-8 Jn 16,29-33**

Jesús no les presenta a los discípulos un futuro de rosas. Nada de eso. Ni siquiera cuando ellos se ponen optimistas, como en este evangelio, Jesús abandona su tono realista. Va a llegar el momento de la dificultad. Las penas van a ser muchas. Tanto que los discípulos van a salir corriendo cada uno por su lado. Jesús se siente seguro porque se sabe acompañado por el Padre. Pero los discípulos tendrán que pasar por esas dificultades. Ese camino lo tiene que hacer cada uno. Nadie lo puede hacer por nosotros. Hasta descubrir la verdadera paz en Jesús. Ese es también el camino que cada uno de nosotros tendremos que hacer.

Los discípulos dijeron a Jesús: "Ahora sí que hablas con claridad, sin usar parábolas. Ahora vemos que lo sabes todo y no hay por qué hacerte preguntas. Ahora creemos que saliste de Dios." Jesús les respondió: "¿Ustedes dicen que creen? Está llegando la hora, y ya ha llegado, en que se dispersarán cada uno por su lado y me dejarán solo. Aunque no estoy solo, pues el Padre está conmigo.

Les he hablado de estas cosas para que tengan paz en mí. Ustedes encontrarán la persecución en el mundo. Pero, ánimo, yo he vencido al mundo."

**Hch 20,17-27 Jn 17,1-11**

En aquel tiempo, Jesús elevó los ojos al cielo y exclamó: "Padre, ha llegado la hora; ¡glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria a ti!

Tú le diste poder sobre todos los mortales y quieres que comunique la vida eterna a todos aquellos que le encomendaste. Y ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesús, el Cristo.

Yo te he glorificado en la tierra y he terminado la obra que me habías encomendado. Ahora, Padre, dame junto a ti la misma Gloria que tenía a tu lado antes que comenzara el mundo.

He manifestado tu Nombre a los hombres: hablo de los que me diste, tomándolos del mundo. Eran tuyos, y tú me los diste y han guardado tu Palabra. Ahora reconocen que todo aquello que me has dado viene de ti. El mensaje que recibí se lo he entregado y ellos lo han recibido, y reconocen de verdad que yo he salido de ti y creen que tú me has enviado.

Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que son tuyos y que tú me diste -pues todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío-; yo ya he sido glorificado a través de ellos.

Yo ya no estoy más en el mundo, pero ellos se quedan en el mundo, mientras yo vuelvo a ti. Padre Santo, guárdalos en ese Nombre tuyo que a mí me diste, para que sean uno como nosotros."

En este último discurso, Jesús hecha una mirada a lo que ha sido su vida. Sabe que ha llegado la hora final. Ha sido una vida en fidelidad a la voluntad del Padre. Dice el refrán que "el que siembra vientos, cosecha tempestades". Lo opuesto también es válido. El que vive una vida de amor y servicio hará también de su muerte un acto de amor y servicio. Jesús murió así porque vivió así, porque hizo de cada momento de su vida una entrega total y desinteresada. Nuestro reto no es para cuando llegue el momento final, sino para ahora mismo, para cada momento. Aquí y ahora, este día es cuando tenemos que vivir en cristiano.

En su hora final, Jesús nos tuvo presentes a cada uno de nosotros. Sabía de nuestra debilidad, de nuestras dificultades para comprender, de nuestros egoísmos, pero también de nuestra capacidad para amar, de nuestra generosidad y de tantas cosas buenas como hay en nosotros. Oró intensamente por cada uno de nosotros. Para que no nos dejemos llevar por ese mundo malo que a veces nos tienta. Para que seamos mensajeros de la buena nueva del Reino. Para que soportemos las dificultades que vamos a encontrar. Para que tengamos su alegría, la alegría de sabernos hijos del Abbá en nuestro corazón.

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró diciendo: "Padre Santo, guárdalos en ese Nombre tuyo que a mí me diste, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo los cuidaba en tu Nombre, pues tú me los habías encomendado, y ninguno de ellos se perdió, excepto el que llevaba en sí la perdición, pues en esto había de cumplirse la Escritura. Pero ahora que voy a ti, y estando todavía en el mundo digo estas cosas para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría.

Yo les he dado tu mensaje y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Conságralos mediante la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me has enviado al mundo, así yo también los envío al mundo; por ellos ofrezco el sacrificio, para que también ellos sean consagrados en la verdad."

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró diciendo: "Padre Santo, no ruego sólo por éstos, sino también por todos aquellos que creerán en mí por su palabra. Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.

Yo les he dado la Gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí. Así alcanzarán la perfección en la unidad, y el mundo conocerá que tú me has enviado y que yo les he amado a ellos como tú me amas a mí.

Padre, ya que me los has dado, quiero que estén conmigo donde yo estoy y que contemplen mi Gloria que me has dado, porque me amabas antes que comenzara el mundo.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te conocía, y éstos a su vez han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amas esté en ellos y también yo esté en ellos."

En la oración de Jesús hay una intención fundamental: "para que sean uno". Jesús debía ya estar entonces preocupado con esa tendencia a la división, a hacer cada uno nuestra "capilla", a pensar que somos mejores que los demás, a ver a los otros como una amenaza. Lo había visto en el grupo de discípulos, cuando algunos pretendieron ser los primeros de entre todos. Lo había visto en su mismo pueblo, incapaz de sentarse juntos a la mesa del Padre. Y pide para sus discípulos el don de la unidad. Hoy sigue siendo una tarea pendiente. Un compromiso para cada cristiano y para cada comunidad: vivir la comunión en el respeto a las diferencias.

La figura de Pedro es tratada con cariño en los evangelios. Pero eso no significa que no se refleje su auténtico modo de ser, su cobardía escandalosa, su ingenuidad, etc. No hay duda de que el texto de hoy es la forma que tiene Jesús de hacerlo caer en la cuenta de la profundidad de su traición en el momento de la Pasión. Jesús sabe que Pedro lo ama pero quiere que sea realista, que no se olvide de su cobardía, de la debilidad que lo llevó a negar que conocía al Maestro en el momento de la prueba. Pero lo mejor de todo es que Jesús sigue confiando en Pedro, porque Jesús también lo ama. Yo ama tal y como Pedro es. Así es como Dios nos ama.

Habiéndose Jesús aparecido a sus discípulos, y cuando terminaron de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" Contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos."

Le preguntó por segunda vez: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?" Pedro volvió a contestar: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero." Jesús le dijo: "Cuida de mis ovejas."

Insistió Jesús por tercera vez: "Simón Pedro, hijo de Juan, ¿me quieres?" Pedro se puso triste al ver que Jesús le preguntaba por tercera vez si lo quería y le contestó: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero." Entonces Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas."

En verdad, cuando eras joven, tú mismo te ponías el cinturón e ibas a donde querías. Pero cuando llegues a viejo, abrirás los brazos y otro te amarrará la cintura y te llevará a donde no quieras." Jesús lo dijo para que Pedro comprendiera en qué forma iba a morir y dar gloria a Dios. Yañadió: "Sigueme."

Pedro miró atrás y vio que lo seguía el discípulo al que Jesús amaba, el que en la cena se había inclinado sobre su pecho y le había preguntado: "Señor, ¿quién es el que te va a entregar?" Al verlo, Pedro preguntó a Jesús: "¿Y qué va a ser de éste?" Jesús le contestó: "Si yo quiero que permanezca hasta mi vuelta, ¿a ti qué te importa? Tú sigueme."

Por esta razón corrió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no iba a morir. Pero Jesús no dijo que no iba a morir, sino simplemente: "Si yo quiero que permanezca hasta mi vuelta, ¿a ti qué te importa?"

Este es el mismo discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito aquí, y nosotros sabemos que dice la verdad. Jesús hizo también otras muchas cosas. Si se escribieran una por una, creo que no habría lugar en el mundo para tantos libros.

Muchas cosas hizo Jesús. Como dice el evangelista, si se escribieran todas no habría libros suficientes para contenerlas. Pero lo importante está dicho. No hay que dejar que lo accesorio nos distraiga de lo importante. Lo fundamental es que fue un hombre que pasó haciendo el bien, dando testimonio del amor de Dios por todos sin excepción y que, precisamente por ello, fue ajusticiado. La humanidad, no sólo los judíos, no fue capaz de soportar tanta justicia. La humanidad escogió seguir viviendo en la violencia, en el odio, antes que en la fraternidad. Jesús rompió la historia y abrió una vía de salida al odio. En nuestras manos está aprovecharla.

Otra experiencia clave para la historia de la Iglesia que nos resulta difícil de explicar. ¿Qué fue lo que sucedió? Los textos del Nuevo Testamento lo explican a su manera, usando las categorías de aquel tiempo. Pero, más allá de lo milagroso, podemos estar seguros de que el grupo de los discípulos tuvieron una experiencia fortísima de que el Espíritu de Dios estaba en medio de ellos, estaba en ellos, y les confirmaba su fe en Jesús, en que Jesús era el Hijo de Dios y en que ellos debían salir a los caminos a predicar a todo el mundo, en todas las lenguas, que Dios nos ama, que quiere nuestra vida, que nos quiere hermanos porque somos hijos.



**Hch 2,1-11** Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, como el de una violenta ráfaga de viento, que llenó toda la casa donde estaban, y aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que se expresaran. Estaban de paso en Jerusalén judíos piadosos, llegados de todas las naciones que hay bajo el cielo. Y entre el gentío que acudió al oír aquel ruido, cada uno los oía hablar en su propia lengua. Todos quedaron muy desconcertados y se decían, llenos de estupor y admiración: "Pero éstos ¿no son todos galileos? ¡Miren cómo hablan! Cada uno de nosotros los oímos en nuestra propia lengua nativa. (...) Y todos los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios."

**Rom 8,8-17** Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos está en ustedes, el mismo que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también vida a sus cuerpos mortales por medio de su Espíritu, que habita en ustedes. Entonces, hermanos, no vivamos según la carne, pues no le debemos nada. Si viven según la carne, necesariamente morirán; más bien den muerte a las obras del cuerpo mediante el espíritu, y vivirán. Todos aquellos a los que guía el Espíritu de Dios son hijos e hijas de Dios. Entonces no vuelvan al miedo; ustedes no recibieron un espíritu de esclavos, sino el espíritu propio de los hijos, que nos permite gritar: ¡Abbá!, o sea: ¡Papá!

**Jn 14,15-16.23-26** En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y les dará otro Protector que permanecerá siempre con ustedes. Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras; pero el mensaje que escuchan no es mío, sino del Padre que me ha enviado. Les he dicho todo esto mientras estaba con ustedes. En adelante el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho."

Un gesto tan sencillo como éste de la Virgen se nos ha convertido en motivo de fiesta. Por una razón sencilla: porque el evangelista pone en los labios de María un cántico que nos descubre la intimidad de su corazón, la grandeza de nuestra esperanza, la hondura del amor de Dios para con nosotros, su misericordia y su preferencia generosa por los más pobres y por los que más sufren. Generación tras generación, los cristianos hemos repetido este cántico en nuestra oración. Siempre se encuentra un motivo para la sorpresa, una palabra que nos ayuda a descubrir más y mejor el amor de Dios para con nosotros. ¿Por qué no rezarlo más a menudo?

Por entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: "¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas. ¡Dichosa tó por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!"

María dijo entonces: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque se fijó en su humilde esclava, y desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz. El Poderoso ha hecho grandes cosas por mí: ¡Santo es su Nombre! Muestra su misericordia siglo tras siglo a todos aquellos que viven en su presencia. Dio un golpe con todo su poder: deshizo a los soberbios y sus planes. Derribó a los poderosos de sus tronos y exaltó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su siervo, se acordó de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, a Abrahán y a sus descendientes para siempre."

María se quedó unos tres meses con Isabel, y después volvió a su casa.